



Lecturas

Quinto grado

Ser lectores

En este libro, como en otros de texto, hay algunas palabras que aparecen destacadas. Al final, en una sección que se titula *Glosario*, esas palabras están acomodadas en una lista, en orden alfabético, y van acompañadas de su significado, de lo que quieren decir según están usadas en este libro. Porque las palabras no significan siempre lo mismo: una cosa es decir *tengo dos manos* y otra, muy diferente, *le aplicamos a la mesa dos manos de pintura*, y así sucesivamente (¿se te ocurre otra?).

El Glosario es una parte importantísima de tu libro. Porque lo más importante de leer es *entender* lo que se lee. Cuando no comprendemos una frase, un párrafo, la página de algún libro, no estamos leyendo, estamos simulando, hacemos como que leemos. Así, nuestra mayor preocupación debe ser entender, comprender las palabras que tenemos enfrente y lo que dicen cuando se juntan.

¿Y si nos encontramos una palabra que no entendemos y resulta que no viene en el Glosario? Pues debemos ir a un diccionario. Para que los diccionarios nos sirvan, hace falta que aprendamos a usarlos. Por eso, al abrir uno deberíamos estar acompañados por nuestra madre, o nuestro padre, o por alguna o alguno de nuestros maestros, o alguien que sepa usarlo. Ayuda, para aprender a manejarlos, que nuestras visitas a ellos sean frecuentes; así como que nos acostumbremos a leer todos los días, por un buen rato, además de los libros de texto, otros sobre temas que nos interesan: los animales, los planetas, los mayas, los grandes músicos o inventores... cuentos, novelas y poemas.

Si lees todos los días, si te esfuerzas por entender todo lo que llegue a tus manos, tus conocimientos y tu comprensión seguirán creciendo. Y este libro te será especialmente útil para que avances en esa dirección.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua



Las pequeñas memorias

José Saramago

Nunca fui gran pescador. Usaba, como cualquier otro muchacho de la misma edad y tan modestas posesiones como eran las mías, una caña vulgar con el anzuelo, el plomo y la boya de corcho o mosca atados al hilo de pescar, nada que se pareciera a los artefactos modernos que habrían de aparecer por allí más tarde y que alcancé a ver en las manos de algunos aficionados locales cuando ya era mayorcito y había abandonado las ilusiones piscatorias. Como consecuencia de lo dicho, mis capturas siempre se reducían a unas cuantas carpas, pequeños y escasos barbos, y muchas horas pasadas en vano (en vano, hablando bien, ninguna, porque sin darme cuenta iba “pescando” cosas que en el futuro no iban a ser menos importantes para mí: imágenes, olores, sonidos, brisas, sensaciones). Al sol, si no castigaba demasiado, o a la sombra de algún sauce llorón, esperando que algún pez picara. Por lo general, sentado a la vera del agua, operaba en el “río de mi aldea”, el Almonda, al fin de la tarde, porque con los grandes calores ya se sabía que los peces se metían entre las piedras y no venían al anzuelo. Otras veces a un lado y a otro de la desembocadura de nuestro río, y en algunas señaladas ocasiones remando hacia más lejos, atravesaba el Tajo hacia la parte sur y ahí me dejaba estar, abrigado por bancos de arena como si estuviera bajo un dosel, que era como más me gustaba. Los pescadores eméritos de la tierra presumían de tener sus propios métodos, sus estrategias y sus artes mágicas, que generalmente duraban una temporada para dar paso a otros métodos, otras estrategias, otras mágicas artes siempre más eficaces que las anteriores. Nunca llegué a beneficiarme de ninguna de ellas. La última



de la que tengo memoria fue un famoso polvo de rosal (la duda que entonces tenía, y hasta hoy dura, era saber qué parte del rosal sería la que los entendidos pulverizaban: quiero creer que fuese la flor), gracias al cual, previamente lanzado al agua como una especie de señuelo poético, los peces caían, perdóneseme la incorrecta comparación, como tordos. El pobre de mí jamás pudo tocar con sus indignos dedos aquel oro en polvo. Y ésa sería, seguramente, la causa del desaire que sufrí ante el mayor (aunque para siempre jamás invisible) barbo de la historia piscícola del Tajo. Contaré con palabras simples el lamentable incidente. Había salido con mis pertrechos a pescar en la desembocadura del Almonda, lo que llamábamos la “boca del río”, donde por una estrecha lengua de arena se pasaba en esa época al Tajo, y allí estaba, ya el día hacía sus despedidas, sin que la boya del corcho hubiera dado ninguna señal de movimiento subacuático, cuando, de repente, sin haber pasado antes



por ese temblor excitante que anuncia los tientos del pez mordiendo el anzuelo, se sumergió de golpe en las profundidades, casi arrancándome la caña de las manos. Tiré, fui tirando, pero la lucha no duró mucho. El hilo estaba mal atado, o podrido, con un tirón violento el pez se lo llevó todo, anzuelo, boya y plomada. Imagínense ahora mi desesperación. Allí, a la vera del río donde el malvado debía de estar escondido, mirando el agua nuevamente tranquila, con la caña inútil y ridícula en las manos y sin saber qué hacer. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea más absurda de toda mi vida: correr a casa, armar otra vez la caña de pescar y regresar para ajustar cuentas definitivas con el monstruo. Pues bien, la casa de mis abuelos estaba a más de un kilómetro del lugar donde me encontraba, y era necesario ser tonto del todo (o ingenuo, simplemente) para tener la disparatada esperanza de que el barbo iba a estar allí esperándome, entreteniéndose en digerir no sólo el cebo sino también el anzuelo y



el plomo, y ya de paso la boya, mientras la nueva **pitanza** no llegaba. Pues a pesar de eso, contra toda razón y sentido común, salí disparado por la orilla del río, luego campo adentro, atravesando olivares y rastros para atajar camino, hasta irrumpir jadeante en la casa, donde le conté a mi abuela lo que había sucedido mientras iba preparando la caña, y ella me preguntó si yo creía que el pez iba a estar todavía allí, pero yo no la oí, no la quería oír, no la podía oír. Regresé al lugar, el sol ya se había puesto. Lancé el anzuelo y esperé. No creo que exista en el mundo un silencio más profundo que el silencio del agua. Lo sentí en aquella hora y nunca lo he olvidado. Allí estuve hasta no distinguir la boya que sólo la corriente hacía oscilar un poco, y, por fin, con la tristeza clavada en el alma, enrollé el hilo y regresé a casa. Aquel barbo había vivido mucho, debía de ser, por la fuerza que demostró, una bestia corpulenta, pero seguro que no moriría de viejo, alguien lo pescaría cualquier otro día. De alguna manera, con mi anzuelo enganchado en las agallas, tenía mi marca, era mío. 🍷

Glosario

- algarada.** Escándalo en el que participan muchas personas que discuten o protestan.
- algazara.** Ruido de voces generado por un grupo de personas alegres.
- almacén.** En América, tiendita de la esquina.
- amortajado, da.** Que tiene puesta la mortaja, vestidura o sábana con la que se entierra a un muerto.
- arrastradera.** Vela pequeña que se agrega al trinquete o mástil más cercano a la proa para aumentar la velocidad de un barco.
- atribulado, da.** Afligido, preocupado.
- atrofiarse.** Padece atrofia o disminución de su tamaño un órgano o tejido, lo que perjudica su funcionamiento.
- aura.** Viento suave.
- bajel.** Barco, especialmente el que es grande y de vela.
- balizar.** Colocar balizas o señales indicadoras en un terreno o en el mar para advertir del peligro o señalar una zona, en especial, la de un recorrido.
- bichito de luz.** En Paraguay, Argentina y Uruguay, luciérnaga.
- canilla.** En América, llave del agua.
- castillo de proa.** En los barcos antiguos, estructura de madera que se colocaba sobre la parte delantera, desde la cual se disparaban las armas o se defendía el barco en caso de abordaje.
- cedal.** Tela de seda o lino muy transparente.
- chotuno, na.** Propio de una cabra.
- cuajado, da.** Inmóvil y como paralizado por el asombro que produce algo. Que está o se ha quedado dormido.
- doblón.** Moneda antigua de oro.
- enigma.** Persona o cosa que es difícil de entender o interpretar.
- escotilla.** Abertura en la cubierta del barco que permite acceder a su interior.
- fauno.** En la mitología romana, semidiós de figura humana, orejas puntiagudas, cuernos y patas de cabra.
- flamear.** Ondear las velas.
- fragua.** Fogón donde se calientan metales para trabajarlos.
- gavia.** Vela que se coloca en el mastelero de un barco, especialmente en el del mástil mayor.
- guantelete.** Pieza de una armadura que cubre y protege la mano.
- homérico, ca.** Que tiene características semejantes a aquellas de las obras del poeta griego Homero, especialmente la grandiosidad.
- irremisiblemente.** Imperdonablemente.

- juancito.** Ardilla pequeña, de cola aplana-
nada y pelaje áspero y escaso de color
café rojizo claro con dos líneas blancas
en los costados rodeadas de pelo más
oscuro; vive en túneles en el desierto,
en suelos rocosos y en matorrales.
- juanete.** Vela que se coloca en el mastelero
de un barco, más arriba que las gavias.
- lánguido, da.** Que no tiene energía.
- librea.** Uniforme de gala.
- lúbrico, ca.** Que es propenso a la lujuria.
- Luis Gonzaga.** En el culto católico, santo
que es patrono de los jóvenes.
- macilento, ta.** Pálido y flaco.
- maravedí.** Moneda española antigua.
- mastelero.** Cada uno de los palos meno-
res que se colocan sobre un mástil y
que sostienen las gavias y los juanetes.
- metamorfosis.** Cambio, transformación.
- modus vivendi.** En latín, manera de ga-
narse la vida.
- orzar.** Dirigir la parte delantera del barco
o proa en dirección del viento.
- páramo.** Terreno plano y árido que casi
no tiene vegetación.
- pecio.** Despojos de una nave que ha nau-
fragado.
- perquisición.** Investigación.
- pinturero, ra.** Que presume de elegante.
- pitanza.** Ración de comida que se distri-
buye a quienes viven en comunidad o
a los pobres.
- polisón.** Armazón que se amarraban las
mujeres a la cintura para abultar la
parte trasera de los vestidos antiguos.
- pollera.** En Sudamérica, falda.
- reminiscencia.** Recuerdo vago. En litera-
tura y música, aquello que evoca algo
anterior o denota su influencia.
- remontados.** Que tienen suelas nuevas;
que les cambiaron las suelas.
- sahuaro.** Cacto en forma de columna
con brazos; sus flores son blancas y
su fruto es rojo y comestible.
- silvano.** En la mitología romana, semi-
dios con figura de anciano que prote-
gía los campos y los bosques.
- siniestro, tra.** Que causa temor o espanto.
- sisear.** Emitir un sonido parecido al de
la *s* o la *ch*, generalmente para mostrar
desacuerdo o para pedir silencio.
- sotavento.** En un barco, lado opuesto a
aquel por donde viene el viento.
- susitar.** Provocar o promover algo.
- tatú.** Armadillo.
- teocali.** En la cultura nahua, templo de
forma piramidal dedicado a un dios.
- tibor.** Vaso grande de barro, de China
o el Japón.
- toesa.** Antigua medida francesa de longi-
tud que equivale a 1 946 metros.
- yacaré.** Caimán de color verde oscuro,
con el hocico redondeado, que vive en
ríos y pantanos de Sudamérica.
- zumaya.** Ave rapaz nocturna, pequeña,
parecida al búho, de color pardo gri-
sáceo con manchas blancas, con dos
mechones de plumas a ambos lados de
la cabeza, y pico corto y curvado. Su can-
to es monótono y muy característico.

Créditos iconográficos

- Mariana Alcántara, pp. 31, 62, 82-83, 116
- Diego Álvarez, pp. 40, 42-43, 46, 48-53, 64, 66-70, 97, 117, 120-121
- Israel Barrón, pp. 54-55, 80, 118-119, 144, 146-147
- Patricio Betteo, pp. 22-23
- Ángel Campos, pp. 45, 60-61, 136
- Julián Cicero, pp. 12-14, 73, 78-79, 124, 126-127
- Juan José Colsa, pp. 10, 28, 30, 76-77, 84, 86-90, 132-133
- Julia Díaz Garrido, pp. 81, 98-99, 152-153
- Paloma Díaz, pp. 122-123
- Isidro Esquivel, pp. 134, 150-151
- Ixchel Estrada, p. 38
- Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 26-27, 74-75, 138, 140-142
- Alex Herrerías, pp. 56-59
- Claudia Legnazzi, pp. 32-37
- Diego Molina, pp. 24-25
- Claudia Navarro, p. 15
- Gabriela Podestá, pp. 39, 71, 108-111, 113, 115
- Tania Recio, pp. 8-9, 44, 72, 92, 105, 106-107, 129-131, 135, 143
- Luis San Vicente, pp. 16-21, 100-104
- Mauricio Torres Rivera, pp. 94, 96
- Cecilia Varela pp. 148-149